

Técnica y Pensamiento en Ortega y Gasset

Alejandro Martínez Carrasco, Universidad de Navarra, Navarra, España

Resumen: Las reflexiones de Ortega sobre la técnica tocan los puntos centrales de su pensamiento, que gira en torno al yo como realidad dramática, cuyo argumento no es otro que su problemática realización en un ámbito extraño y hostil, el mundo que le rodea: problema de índole técnica, lo que le lleva a hablar del carácter técnico general de la vida humana. Este carácter general determina también el conocimiento, que Ortega caracteriza de un modo muy semejante a la técnica: también en él se trata de construir un mundo para lograr seguridad y superar la hostilidad de la circunstancia para poder proyectarse y realizar en el mundo ese proyecto. Sin embargo, entre técnica y conocimiento existen diferencias; de hecho, sólo en la técnica se produce una modificación efectiva en la circunstancia externa. Ello puede hacer pensar que la técnica es superior al conocimiento en orden a resolver el problema fundamental de la vida, la realización de un proyecto en el mundo; sin embargo, sin restar importancia a la técnica, Ortega apunta a la superioridad del conocimiento, más concretamente de la filosofía, por la que el hombre alcanza su mayor liberación y salvación.

Palabras Clave: Ortega y Gasset, Técnica, Yo, Conocimiento, Filosofía, Hombre, Circunstancia, Proyecto

Abstract: Ortega's reflexions about technique touch on the key points of his thought, which revolve around the concept of the self as a dramatic reality. His argument consists in the problematic realization of the self within the hostile world; a technical problem, a cause of what he refers to as the technical character of human life in general. This general character also determines human knowledge, which is defined by Ortega in a similar way as his concept of technique. Knowledge also tries to create a secure world and to overcome hostility of the circumstance in order to be able to project himself and realize this project. However, there are differences between technique and knowledge. In fact, only technique has the power to effectively modify external circumstances. It therefore becomes clear that the preeminence of technique over knowledge is what resolves the problem that life consists in. However, without denying at the same time the importance of the technique, Ortega seems to point out the preeminence of knowledge, more specifically of philosophy, thanks to which man achieves his maximum liberation and salvation.

Keywords: Ortega y Gasset, technique, self, knowledge, philosophy, man, circumstance, project

SIN DUDA ALGUNA, las reflexiones de Ortega y Gasset sobre la técnica tienen una notable relevancia, no sólo por su valor e interés para comprender este importante hecho humano, sino también porque estas reflexiones recorren e iluminan el núcleo principal de la filosofía orteguiana madura subrayando algunas de sus cuestiones más profundas. Al fin y al cabo, todo el pensamiento de Ortega gira en torno al yo como realidad dramática, cuyo argumento no es otro que su problemática realización en un ámbito extraño



y hostil, el mundo que le rodea. Esta realización es un problema casi ingenieril¹, en palabras de Ortega, y el propio pensador lo describe empleando términos que subrayan este carácter técnico, como el de autofabricación²: en última instancia se trata de dar existencia efectiva a una realidad que de entrada existe simplemente como posibilidad, como proyecto que todavía no es pero que reclama ser realizado.

La técnica como hecho humano esencial

Así pues, la vida humana es esencialmente problemática y este problema tiene un peculiar carácter técnico. De este carácter general surge como concreción o especificación la actividad técnica en sentido propio³, que nace y tiene su sentido en resolver problemas al hombre⁴. Ortega señala dos grandes tipos de problemas a los que la técnica trata de hacer frente. En primer lugar, pretende resolver los problemas básicos de la supervivencia humana, las necesidades naturales que le permiten continuar viviendo⁵. En segundo lugar, se ocupa de satisfacer las necesidades que tiene el hombre no tanto para sobrevivir, sino para vivir humanamente, para lograr el bienestar, la felicidad, que son las necesidades más propiamente humanas. En realidad es esta segunda finalidad lo específico de la técnica, pues para meramente sobrevivir no hubiese sido necesario semejante desarrollo, como se aprecia en los demás animales⁶.

Por otra parte, dentro de este segundo orden de problemas a los que propiamente se dirige, cabe precisar tres diferentes finalidades de la técnica. En primer lugar, permite ahorrar esfuerzo a la hora de satisfacer las ineludibles necesidades naturales; este ahorro le hace disponer de energía suficiente para vacar, para poder apartarse momentáneamente de las urgencias del mundo, entrar dentro de sí e imaginar y crear nuevos proyectos de existencia posible totalmente ajenos a la naturaleza dada. En este sentido, la técnica permite al hombre despreocuparse de las necesidades naturales para ocuparse de lo importante, de aquello que puede dar a su vida un sentido y riqueza específicamente humanos. En segundo lugar, la técnica ofrece al hombre la posibilidad de adaptar el mundo para hacerlo adecuado a la realización de esos proyectos imaginados y deseados, es decir, partiendo de lo que tiene alrededor crea un nuevo escenario, un mundo nuevo que supere la hostilidad natural, las dificultades puestas por la realidad efectiva primaria a la realización satisfactoria de esos perfiles de existencia inventados por el hombre en su intimidad, realización en la cual cifra su felicidad. De ahí que Ortega describa la técnica como ortopedia⁷, como corrección o solución de la extranaturalidad o inadaptación natural de los proyectos humanos, surgidos sólo por la fuerza innovadora y libre de la interioridad humana y no en función o determinados por la exterioridad natural dada. En tercer lugar, la transformación de la realidad propiciada por la técnica genera a su vez un progresivo enriquecimiento de posibilidades para el hombre, de nuevos horizontes de creación, siempre en continua superación de la fatalidad⁸.

¹ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica*, V, p. 346. Salvo que se señale lo contrario, todas las referencias se remiten a Ortega y Gasset, J., *Obras completas*, Alianza/Revista de Occidente, Madrid, 1983; en números romanos se indica el volumen.

² Cfr. Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica*, V, p. 343.

³ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica*, V, p. 343.

⁴ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1982, p. 17.

⁵ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica*, V, pp. 321-325.

⁶ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica*, V, pp. 328-329.

⁷ Cfr. Ortega y Gasset, J., *El mito del hombre allende la técnica*, IX, p. 624.

⁸ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica*, V, pp. 333-335, 342-343.

Por todo ello, es sin duda el hombre en cuanto proyecto imaginado y deseado de existencia que debe realizar en un medio extraño lo que hace comprensible y necesaria la actividad técnica⁹. En este sentido, la técnica tiene un carácter circular en relación con este peculiar modo de ser del hombre, es a la vez condición y consecuencia: la técnica permite el ensimismamiento en la medida en que da seguridad y holgura ante el mundo y deja al hombre en franquía; y a su vez está dirigida por los proyectos que de este ensimismamiento nacen y que el hombre desea realizar, surge como herramienta a su servicio y que tiene en ellos su sentido¹⁰.

Paralelismo entre técnica y conocimiento

Ahora bien, aquel carácter técnico general de la vida humana no sólo cristaliza en la técnica en sentido estricto, sino que, como es lógico suponer, también repercute y determina otros modos de comportamiento del hombre en el mundo. En concreto, parece claro que el paradigma técnico lo aplica Ortega también para entender el conocimiento, sin duda el otro gran tipo de acciones del hombre ante la realidad y otra gran y constante preocupación del filósofo madrileño. Debo advertir que en lo que sigue prescindo de la distinción que establece el Ortega maduro entre pensamiento y conocimiento, distinción llena de problemas que no es posible abordar aquí.

Como el propio pensador repite insistentemente, el conocimiento no surge en el hombre sin más porque tenga esta capacidad, sino, igual que la técnica, surge para resolver problemas, más exactamente, surge como esfuerzo para resolver el problema en que la vida consiste: la pérdida originaria del yo en una circunstancia caótica en la que no sabe a qué atenerse. Como reacción frente a este caos y desorientación, el hombre crea mundo, genera coherencia y estabilidad donde no las había. Igual que en la técnica, por el conocimiento el hombre crea un mundo nuevo, no de la nada, sino a partir de la circunstancia dada por la que se encuentra rodeado¹¹.

Nuevamente, igual que sucede con la técnica, esta creación de un mundo por el conocimiento es la condición de posibilidad para que el hombre pueda proyectar su vida, puesto que le da la seguridad necesaria para poder predecir el comportamiento de aquello que le rodea. Y a la vez, el conocimiento es también lo que permite superar el extrañamiento del hombre en el mundo, su pérdida radical en la circunstancia, que a menudo describe como un problema de conocimiento; la escisión con que encuentra herida su vida por la separación y hostilidad respecto de la realidad en la que tiene que realizar su verdadero yo deriva en cierto sentido de que se le convierte en un mar de dudas, en un ámbito en que, desorientado, se pierde. Su gran peligro y desgracia, al fin y al cabo, es la duda, la perplejidad ante la faz cambiante y problemática de la realidad que inmediatamente encuentra el hombre ante sí, que le genera tal inseguridad y desorientación sobre sí mismo y lo que le rodea que le deja incapaz de hacer nada por decisión libre y consciente suya, le niega la posibilidad de encontrarse a sí mismo en sus acciones, le priva de la posibilidad de realizar su vida en responsable autenticidad¹².

⁹ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica*, V, p. 346.

¹⁰ Cfr. Ortega y Gasset, J., *El hombre y la gente*, VII, pp. 85-86.

¹¹ Cfr., por ejemplo, Ortega y Gasset, J., *¿Qué es conocimiento?*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1984, pp. 154-156, *En torno a Galileo*, V, pp. 23-24, 32-33, o *Ideas y creencias*, V, pp. 399-400.

¹² “La convicción negativa, el no sentirse en lo cierto sobre nada importante, impide al hombre decidir lo que va a hacer con precisión, energía, confianza y entusiasmo sincero: no puede encajar su vida en nada, hincarla en un claro destino. Todo lo que haga, sienta, piense y diga será decidido y ejecutado sin convicción positiva, es decir,

Por otra parte, si el eje para comprender la técnica es la dualidad posibilidad / realidad, es decir, la afirmación de la imaginación creadora frente a lo meramente dado, esto mismo es fundamental en el conocimiento: no sólo las ideas son construcción de posibilidades¹³, sino que, sin ir más lejos, Ortega describe la creación de mundos interiores que articulan y dan sentido a la realidad como innovación y creación de riqueza y posibilidades¹⁴. En último término, aunque tanto la técnica como el conocimiento se dirigen sobre todo hacia la circunstancia, el eje posibilidad / realidad en el que se mueven responde al problematismo fundamental del yo, que es lo que no es, es realización y no mera facticidad; como en cierto sentido todo lo humano, es de este problematismo fundamental de donde deriva el modo de ser de la técnica y del conocimiento y lo que da razón del paralelismo entre ambos.

Dualidad de paradigmas

Ahora bien, a pesar del paralelismo entre técnica en sentido estricto y conocimiento, no cabe confundirlos, hay una evidente distinción entre los dos. La técnica implica una transformación real, efectiva, de lo externo al yo, una modificación se podría decir física de la circunstancia, incluyendo en ello las posibles técnicas del alma que menciona Ortega¹⁵. En el conocimiento, en cambio, no cabe hablar de una transformación de este tipo, sino que *crear mundo* tiene aquí un significado netamente distinto: se trata de articular conceptualmente con coherencia y estabilidad lo que se manifiesta de modo inmediato como caos y enigma, siguiendo un planteamiento de no abandonadas resonancias neokantianas, para hallar detrás un orden que neutralice la inseguridad provocada por esa apariencia inmediata. Así, tampoco la hostilidad de la circunstancia a la que combaten tiene el mismo sentido en un caso y en otro. Desde el punto de vista de la técnica, la hostilidad a la que se refiere, dejando de lado su carácter agresivo o peligroso contra la pura supervivencia, es la circunstancia en primer lugar como urgencia que reclama atención y, en segundo lugar, como dificultad, como obstáculo y resistencia negativa a aquello que el hombre se propone; en este sentido, dar seguridad o resolver este problema pasa por transformar la circunstancia y crear nuevos elementos en ella. En cambio, para el conocimiento, la hostilidad consiste principalmente en no saber a qué atenerse, en ser algo enigmático, incontrolable e impredecible; de ahí que la seguridad y solución radique en hallar certeza, orientación, estabilidad para saber a qué atenerse y qué hacer.

Ello lleva a la diferencia más importante entre técnica y conocimiento. Todo el problema en que la vida humana consiste se resuelve en último término según Ortega en la salvación o realización del verdadero yo, en la superación del extrañamiento en el que el hombre originariamente se halla para encontrarse auténticamente a sí mismo en su vida y su actuar. Desde el punto de vista de la técnica, esta superación se lleva a cabo por la adaptación de la naturaleza al hombre, por la creación de una nueva circunstancia o sobrenaturaleza más apta o adecuada a sus aspiraciones. Por el contrario, desde el punto de vista del conocimiento, la superación de la pérdida original se logra a través del saber, de la orientación e iluminación intelectual, en primer lugar por el conocimiento de la circunstancia, y en segundo y más

sin efectividad; será un espectro de hacer, sentir, pensar y decir, será la *vita minima*, una vida vacía de sí misma, inconsistente, inestable” (Ortega y Gasset, J., *En torno a Galileo*, V, p. 70).

¹³ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Una interpretación de la historia universal*, IX, p. 184.

¹⁴ Cfr. por ejemplo, Ortega y Gasset, J., *Ideas y creencias*, V, pp. 400-405, o *La idea de principio en Leibniz*, VIII, 160-161.

¹⁵ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica*, V, p. 375.

importante lugar, por el conocimiento o conciencia de sí, que es a la vez conciencia de la propia situación insuperablemente problemática en el mundo¹⁶.

Y justamente aquí parece apartarse el conocimiento del modelo técnico que en buena medida comparte: si la técnica consiste en la adaptación del medio al sujeto¹⁷, el conocimiento en su más radical modo de ser pretende la adaptación de la razón a la realidad, a lo que por ejemplo responde la aplicación del método *ponendo tollens* a este problema, según señala Ortega¹⁸. No cabe reducir, por tanto, el conocimiento al paradigma técnico, sino que va más allá de él. En último término, en el pensamiento de Ortega se combinan sin confundirse del todo dos modos radicales de entender el conocimiento conceptual en sentido amplio, es decir, el conocimiento que va más allá de la intuición. En primer lugar, aparece el conocimiento como construcción en cierto sentido artificial e instrumental de un mundo estable partiendo de los datos y fenómenos percibidos; este modo respondería sobre todo al proceder de la ciencia, aunque Ortega no lo reduce siempre a ella e incluso ocasionalmente lo amplía a la filosofía. Pero a la vez cabe hablar de otro modo cognoscitivo irreductible a éste, en el que comparece la realidad en su modo de ser y consistencia propios, en el que se revela lo más profundo y verdadero de ella; este segundo modo, que en cierto sentido responde al modelo de contemplación desinteresada, refleja más propiamente el modo filosófico de conocer. De todas maneras, aunque es importante tener en cuenta esta distinción, ambos aspectos del conocimiento tampoco son radicalmente separables y a menudo se entremezclan en los escritos de Ortega. Pero esta compleja y profunda cuestión no puede ser aquí tratada en detalle.

Así pues, es necesario subrayar en el pensamiento orteguiano una dualidad de modos de comprender el problema del hombre en el mundo y de cómo reacciona por tanto para resolverlo. El primer modo vendría expresado por el mito sobre el origen de la técnica que en ocasiones refiere Ortega y que conduce a hablar del hombre como animal enfermo, animal inadaptado o animal fantástico: un ser que se encuentra con una anormal capacidad imaginativa que le lleva a vivir movido no por la naturaleza ni por sus instintos sino por el rico y fantasioso mundo interior que descubre dentro de sí¹⁹. Con este mito se subraya sobre todo la extranaturalidad del proyecto que el hombre pretende realizar en el mundo, proyecto que se presenta como un exceso de imaginación, una invención inexplicable desde la mera naturalidad; naturalidad del mundo que, a su vez, debe ser superada por la acción técnica para adecuarse a los deseos extranaturales del hombre: frente al mundo aparece la necesidad humana de cambiarlo para adecuarlo.

Pero un segundo paradigma para describir la situación originaria del hombre en el mundo vendría plásticamente expresado con la metáfora del naufragio, que recorre muchas de sus páginas: el hombre es un naufrago en un mar de dudas e inseguridades, y todo lo que hace es un esfuerzo para no hundirse, para descubrir lo que la realidad es y así encontrar un apoyo firme desde el que vivir con sentido²⁰. En este caso, la oposición no se establece entre la

¹⁶ “El hombre es una entidad extrañísima que para ser lo que es necesita antes averiguarlo, necesita, quiera o no, preguntarse lo que son las cosas en su derredor y lo que es él en medio de las cosas [...]. Lo esencial del hombre es [...] no tener más remedio que esforzarse en conocer, en hacer ciencia, mejor o peor, en resolver el problema de su propio ser y para ello el problema de lo que son las cosas entre las cuales inexorablemente tiene que ser. Esto: que necesita saber, que necesita –quiera o no– afanarse con sus medios intelectuales, es lo que constituye indubitadamente la condición humana” (Ortega y Gasset, J., *En torno a Galileo*, V, pp. 21-22). Cfr. también Ortega y Gasset, J., *A una edición de sus obras*, VI, pp. 351-352.

¹⁷ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica*, V, p. 326.

¹⁸ Cfr. Ortega y Gasset, J., *La razón histórica* (Buenos Aires, 1940), XII, pp. 233-234.

¹⁹ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Una interpretación de la historia universal*, IX, pp. 189-190, o *El mito del hombre allende la técnica*, IX, pp. 620-622.

²⁰ “No creo que haya imagen más adecuada de la vida que esta del naufragio. Porque no se trata de que a nuestra vida le acontezca un día u otro naufragar, sino que ella misma es desde luego y siempre hallarse inmerso en un

naturalidad del mundo y la extranaturalidad del proyecto imaginado, sino entre la desorientación que provoca un mundo caótico y la orientación que es imprescindible para que el hombre pueda vivir humanamente. Aquí la reacción no viene movida por una necesidad de transformación y adecuación, sino por una necesidad de iluminación, de iluminar la realidad para apoyarse y poder prever, proyectar, decidir. Si en los dos casos se puede afirmar que la fuente de la acción está en el ensimismarse o recogerse en sí, a la luz del primer paradigma lo que el hombre encuentra dentro de sí son deseos o proyectos de existencia, mientras que a la luz del segundo, ideas sobre lo que las cosas y él mismo son, gracias a las cuales puede planificar la acción; en este último caso no desaparece ni mucho menos la idea del hombre como proyecto previo, pero se sitúa en cierto modo en un nivel aún más constitutivo.

Cabe verdaderamente hablar de dualidad de paradigmas o modelos explicativos porque ambas metáforas y análisis se refieren en último término a la situación originaria del hombre en el mundo, pretenden caracterizar cuál es el problema radical que en ella nace y, en consecuencia, cómo responde el hombre; y, por todo lo expuesto anteriormente, es evidente que no son reductibles una a otra, no son superponibles. Ahora bien, no por eso hay que afirmar que estas dos visiones sean mutuamente contradictorias o incompatibles, aunque el propio Ortega nunca se planteó expresamente cómo se relacionan entre sí, cuestión cuya solución no es evidente ni mucho menos. Como posible vía de articulación, habría seguramente que pensar que la metáfora del naufrago expresa una situación más inicial y radical que la del animal inadaptado que necesita echar mano de la técnica para vivir. Al fin y al cabo, la creación de nuevos proyectos y la técnica como intento de realizarlos presuponen ya haberse puesto mínimamente en claro sobre la realidad en torno, implican una mínima orientación y seguridad sobre la que apoyar tanto la capacidad proyectiva como el conocimiento que puede permitir la técnica, así como la actividad técnica más propiamente dicha; todo ello son ya acciones humanas que parecen exigir haber superado, al menos en parte, la pura desorientación originaria y apoyarse en ideas y convicciones previas²¹. Además, si con la

elemento negativo, que por sí mismo no nos lleva, sino al contrario, nos anula. De aquí que vivir obligue constante y esencialmente a ejecutar actos para sostenerse en ese elemento o, lo que es igual, para convertirlo en medio positivo. Y de éstos, el fundamental y primario es formarse una idea de sí misma, ponerse en claro sobre qué sea ese elemento en que a ratos flotamos, a ratos nos hundimos, y qué sea nuestra pobre persona naufraga en él. Todos nuestros demás actos surgen ya dentro de esa interpretación de la vida y van inspirados por ella” (Ortega y Gasset, J., *En el centenario de Hegel*, V, pp. 420-421).

²¹ Desde luego, hay textos de Ortega, dirigidos a subrayar la radicalidad técnica del hombre, que parecen sostener directamente lo contrario de lo aquí afirmado: “El hombre, en la raíz misma de su esencia, se encuentra, antes que en ninguna otra, en la situación del técnico. Para el hombre, vivir es, desde luego, y antes que otra cosa, esforzarse en que haya lo que aún no hay; a saber, él, él mismo, aprovechando para ello lo que hay; en suma, es producción. Con esto quiero decir que la vida no es fundamentalmente como tantos siglos han creído: contemplación, pensamiento, teoría. No; es producción, fabricación, y sólo porque éstas lo exigen, por lo tanto, después, y no antes, es pensamiento, teoría y ciencia” (Ortega y Gasset, J., *Meditación de la técnica*, V, pp. 341-342). Por el contrario, también son conocidas las ideas tan repetidas por Ortega de que “No se puede vivir sin una interpretación de la vida” (Ortega y Gasset, J., *Unas lecciones de metafísica*, XII, p. 98) o que “El sistema de nuestros quehaceres es secundario al sistema de nuestras teorías, de nuestras convicciones sobre lo que las cosas son, el ‘saber qué hacer’ se funda en el ‘saber qué es’” (Ortega y Gasset, J., *La idea de principio en Leibniz*, VIII, p. 267). En último término, lo que Ortega quiere poner de manifiesto es que el pensamiento no tiene su fin en sí mismo, sino en la acción del hombre en el mundo, en la realización de su proyecto, pero el pensamiento es siempre el primer paso: “Son, pues, tres momentos diferentes [...] 1.º, el hombre se siente perdido, naufrago en las cosas. 2.º, el hombre, con un enérgico esfuerzo, se retira a su intimidad para formarse ideas sobre las cosas y su posible dominación; es el *ensimismamiento*, la *vita contemplativa* que decían los romanos, el *theoretikòs bios* de los griegos, la *theoria*. 3.º, el hombre vuelve a sumergirse en el mundo para actuar en él conforme a un plan preconcebido; es la *acción*, la *vida activa*, la *praxis*. Según esto, *no puede hablarse de acción sino en la medida en que va a estar regida por una previa contemplación; y viceversa, el ensimismamiento no es sino un proyectar la acción futura*” (Ortega y Gasset, J., *El hombre y la gente*, VII, p. 88, subrayados del autor).

metáfora del hombre como animal inadaptado se subraya sobre todo el carácter imaginativo y casi caprichoso del proyecto de vida que el hombre desea realizar con la intención de hacer patente su extranaturalidad y carácter previo a las condiciones dadas del mundo, con la del hombre como náufrago se pone de relieve el insoslayable imperativo de autenticidad y verdad del propio proyecto, que sin duda debe situarse en un nivel más fundamental y rector que el anterior. De todos modos, en lo que ambos paradigmas claramente coinciden es en poner de manifiesto la radical alteridad, separación y casi oposición originaria entre la circunstancia y el hombre, que se siente por tanto en un ámbito extraño y hostil.

Primacía del conocimiento

En cualquier caso, atendiendo a la distinción entre técnica y conocimiento, se puede decir que hay una cierta primacía de la primera en orden a resolver el problema fundamental de la vida humana. Si la felicidad pasa por el éxito en la lucha por realizar el yo ansiado en el mundo lleno de dificultades, sólo en la técnica se debería poner la esperanza, pues sólo ella permite una superación *real* de la circunstancia, que es efectivamente transformada y puesta al servicio del proyecto que el hombre quiere ser; de ahí que Ortega denomine a la física en la medida en que permite una técnica ilimitada el órgano de la felicidad²². Además, en buena medida el conocimiento, más precisamente la ciencia, tiene su culminación y mayor utilidad en la técnica que permite, siendo ésta la principal y última finalidad de aquélla²³.

Ahora bien, por otra parte también cabe ver una cierta primacía del conocimiento respecto de la técnica; entendiendo por el conocimiento no simplemente la ciencia, sino sobre todo el más allá de la ciencia donde se encuentra especialmente la filosofía. En primer lugar, la técnica tiene un carácter social, y los proyectos a los que responde son por tanto proyectos sociales, colectivos, de existencia, como se observa en los ejemplos puestos por Ortega²⁴. El proyecto auténtico en que cada uno consiste y en cuya realización se cifra la felicidad, sin embargo, no es colectivo, sino estrictamente individual, aunque pueda tener algunos ingredientes genéricos²⁵. Esta inadecuación hace pensar que no es la técnica el medio en el que el hombre deba poner su esperanza para resolver el problema de su íntima e individual existencia.

Pero, además de esta inadecuación, la plena y perfecta superación de la circunstancia no es en realidad posible. El hombre no puede eliminar el extrañamiento que le supone el mundo, no puede reintegrarse en él superando todo problematismo porque siempre le va a ser un medio ajeno, a la vez que siempre superado por sus aspiraciones y deseos, inadaptable a la cambiante novedad de sus proyectos. Por ello, a pesar de todas las transformaciones, la dificultad por parte de la realidad nunca desaparece del todo, a lo que hay que sumar los obstáculos que nacen inevitablemente de los demás hombres, que también forman parte de la propia circunstancia: la perfecta realización en el mundo del proyecto que el hombre es no deja jamás de ser algo utópico²⁶.

²² Cfr. Ortega y Gasset, J., *Una interpretación de la historia universal*, IX, p. 210, *Goethe sin Weimar*, IX, p. 584, o *La idea de principio en Leibniz*, VIII, p. 86.

²³ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Historia como sistema*, VI, pp. 48-49, o *La razón histórica (Buenos Aires, 1940)*, XII, p. 232.

²⁴ Por ejemplo la figura-tipo del budista, el *gentleman* o el hidalgo.

²⁵ Cfr. Ortega y Gasset, J., *Vicisitudes en las ciencias*, IV, p. 63, *Pidiendo un Goethe desde dentro*, IV, pp. 410-411, *En torno a Galileo*, V, pp. 137-138, o *Juan Vives y su mundo*, IX, p. 514.

²⁶ Cfr., por ejemplo, Ortega y Gasset, J., *La razón histórica (Buenos Aires, 1940)*, XII, p. 218, o *En torno al "Coloquio de Darmstadt, 1951"*, IX, pp. 640-641, 643-644.

Pero eso no impide que el hombre siga esforzándose por lograrlo, por acercarse cada vez más a la realización anhelada, porque de hecho nunca puede renunciar a esta aspiración. Ahora bien, así como el fracaso técnico para adecuar el mundo a pesar de todos los esfuerzos concluye en una definitiva impotencia para lograr la felicidad, el esfuerzo de salvación por la vía del conocimiento, aunque tampoco el éxito sea total y definitivo y vuelva a aparecer esa impotencia, sí contiene una efectiva fuerza salvadora. Si la finalidad última del conocimiento es la autenticidad y el dominio de la propia vida, a lo que se ordena en última instancia la necesidad de orientación, ya sólo el esfuerzo por lograrlo, la búsqueda de certeza, es en sí mismo una victoria sobre la falsedad. Al fin y al cabo, “la formidable cruzada de liberación del hombre que es la misión del intelecto”²⁷ tiene su cumplimiento, éxito y fruto en el simple uso del pensamiento, en la filosofía: aunque esté siempre lejos del conocimiento pleno y acabado, aspiración también utópica como la de la técnica, el continuo profundizar en las raíces, la incansable búsqueda de lo más auténtico de la realidad y de uno mismo, la crítica de todo apariencia, resultan ser ya en sí mismas un logro progresivo de autoconciencia, claridad y dominio, un ejercicio liberador y, por tanto, salvador que no tiene otra finalidad que este ejercicio de autenticidad de la propia vida.

“La filosofía, que es la vida auténtica, la vida poseyéndose a sí misma, no es útil para nada ajeno a ella misma. En ella, el hombre es sólo siervo de sí mismo, lo cual quiere decir que sólo en ella el hombre es señor de sí mismo [...]. Queda usted en entera libertad de elegir entre estas dos cosas: o ser filósofo o ser sonámbulo”²⁸.

Así pues, dentro de la reacción del hombre por enfrentarse al problema que su vida en el mundo le impone, el logro máximo posible no viene por parte de la técnica, sino más bien del conocimiento. El mayor logro, y logro verdaderamente efectivo dentro de su imperfección, es la conciencia de sí, que es a la vez la máxima liberación de todo lo que separa al yo de sí mismo, la máxima salvación, el máximo dominio. Por la radicalidad del conocimiento, por la filosofía, por la labor crítica de la inteligencia, es como el hombre se encuentra más a sí mismo, por la que entra en contacto con su más auténtico ser y sus más auténticos deseos, donde los proyectos se apartan de cualquier frivolidad o arbitrariedad y donde uno más se acerca a su propia verdad, culminación y plenitud de la realización en el mundo²⁹. Es en este nivel donde el yo como proyecto imaginado, como capacidad creadora de nuevas posibilidades de existencia, se complica inseparablemente con el yo como búsqueda de sí mismo, de su verdad, de su ineludible vocación: aquí es donde radica el problema último del yo y uno de los núcleos del pensamiento orteguiano.

Ciertamente hay que tener en cuenta que la insistencia en estos puntos guarda estrecha relación con el creciente pesimismo de la trayectoria intelectual de Ortega; sin embargo parece indudable que en su pensamiento es el conocimiento, más exactamente la filosofía, a pesar de la sugerencia de su posible superación³⁰, la más profunda y decisiva vía de solución del problema fundamental en que la vida consiste. Habría que otorgar, pues, una última primacía a la filosofía respecto de la técnica, que, al fin y al cabo, se halla en un lugar más superficial, menos íntimo, menos decisivo y directivo. La autenticidad, la lucha contra la

²⁷ Ortega y Gasset, J., *Historia como sistema*, VI, p. 30.

²⁸ Ortega y Gasset, J., *Bronca en la física*, V, p. 278. Cfr. también Ortega y Gasset, J., *La rebelión de las masas*, IV, pp. 254-255, o *Pidiendo un Goethe desde dentro*, IV, p. 397.

²⁹ Cfr. Ortega y Gasset, J., *A una edición de sus obras*, VI, pp. 351-352, *La idea de principio en Leibniz*, VIII, pp. 282-284.

³⁰ Cfr., por ejemplo, Ortega y Gasset, J., *Origen y epílogo de la filosofía*, IX, p. 397, *Comentario al “Banquete” de Platón*, IX, p. 782, o *La idea de principio en Leibniz*, VIII, p. 270.

íntima falsedad, aspiraciones últimas aunque nunca definitivamente logradas de la vida, son objetivos totalmente ajenos e inalcanzables para la técnica, pero no para el pensamiento. Por ello, a pesar de sus múltiples reivindicaciones en sentido contrario³¹, cabe descubrir un intelectualismo profundo y radical en la filosofía orteguiana, puesto que el problema más radical del hombre y su actitud más profunda ante él caen en el ámbito de la inteligencia³²; aunque verdaderamente se trata de un intelectualismo lejano al estrecho racionalismo que él tanto criticó. Por otro lado, ello avalaría la articulación anteriormente propuesta entre los dos paradigmas explicativos de la situación originaria del hombre en el mundo.

Este punto de vista, por otra parte, también puede ayudar a comprender mejor el complejo fenómeno de la técnica, profundamente iluminado por las reflexiones del filósofo madrileño. Por una parte, dando por supuesta la visión positiva que Ortega mantiene sobre la técnica, subraya su carácter fuertemente humanista, dirigida por y para las aspiraciones más profundamente humanas del hombre. Pero, en esta misma línea, supone también una limitación de su importancia frente a posibles esperanzas exageradas o unilaterales: ante el problema de la vida humana la técnica ni basta ni tiene la última palabra, y sin el progreso y liberación por el pensamiento en su sentido más profundo y radical no tiene sentido hablar de un progreso y liberación por la técnica.

Sobre el Autor

Alejandro Martínez Carrasco

Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra, actualmente es Profesor Ayudante en el Dpto. de Filosofía de esta misma universidad. Su investigación está centrada en la filosofía del s. XX, especialmente en el ámbito español en la primera mitad de siglo. Recientemente ha publicado en la editorial Eunsu las monografías "Espíritu, inteligencia y forma. El pensamiento filosófico de Eugenio d'Ors" y "Náufragos hacia sí mismos. La filosofía de Ortega y Gasset".

³¹ Cfr., por ejemplo, Ortega y Gasset, J., *Misión de la universidad*, IV, p. 321, *Prólogo para alemanes*, VIII, p. 44, *La razón histórica* (Lisboa, 1944), XII, p. 307, o *El hombre y la gente*, VII, p. 93.

³² De ahí que llame a la filosofía, centro del pensamiento, "el centro humano de la humana vida" (Ortega y Gasset, J., *La razón histórica* (Buenos Aires), XII, p. 167).